

á alejarle de la política del imperio, que tan bien conoce usted.

Sin traicionar su emoción más que en la voz, Almonte me dijo:

— En efecto, la conozco un poco; pero más conoce S. M. mis pobres aptitudes y sin duda cree que le puedo servir mejor en esto que en otra cosa... Yo estoy bien donde S. M. me coloque... Pero vamos á lo que quería comunicarle: deseo, y de ello está advertida S. M. la Emperatriz, que marche usted á México para vigilar los preparativos de recepción... Ya ve usted lo que aquí nos acaba de pasar; sería de temer que otro tanto aconteciera allá... Necesitamos, pues, una persona inteligente y activa que arregle y distribuya todo... En este pliego van las instrucciones para usted y carta blanca para los gastos...

Ese mismo día, en una de las rojas diligencias de Casimiro del Collado, que pasó á poco, marché para México, adonde llegué después de tres días.



SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Preparativos de recepción

No estaba de incógnito; pero tampoco tenía por qué pregonar mi presencia. Tenía sus peligros ir á un hotel (que de seguro frecuentaban oficiales franceses), ocurrir á uno de mis parientes (que aunque me verían llegar como un don del cielo tan pronto como comprobara mi calidad de dama de honor de la Emperatriz, también me llenarían de compromisos) ó alquilar una habitación aislada, pues no tardarían las gentes en formar catálogos sobre si hice ó no hice, con lo cual perdería toda libertad y quizás me malquistaría con los Emperadores. Me pareció que lo más cuerdo sería buscar una vivienda chica, modesta y barata, que me sirviera

para morar en ella, si había necesidad, y que tuviera el carácter de posada ó apeadero, si la Señora me llevaba á vivir al palacio. Acordéme en seguida de mi casa de la calle de Vergara, grandona, sombría, casi oculta y con habitaciones aceptables, y allá me dirigí segura de que la portera, doña Matiana Alvear de Pulido, haría los imposibles por conseguirme cuarto, pues estaba segura de que de veras me tenía ley.

— No hay, señorita, no hay; no hay ni dónde poner un pie. La vivienda alta, que era la de los Hernández, está ocupada ahora por la familia Pérez Brincos, que se trasladó desde San Miguel de Allende hace unos dos años. El pobre Hernández murió, y sus hijas, las dos güeritas de chongo y castaña que usted conoció, están ahora en ese teatro que le llamábamos de Iturbide y que los franceses le dicen de *l'armée*... La habitación de los Gómez está sin techos, porque se cayeron dos cuartos y hubo necesidad de derribar todo el envigado; ahora ni quién piense en reponer lo que falta, pues no se consiguen albañiles ni por un ojo de la cara... Las piezas que usted ocupaba las tiene ahora el padrecito italiano; las que alquilaba el licenciado Caballero de los Olivos están en poder de los oficiales franceses, pues el maldito viejo cascarrabias prefirió dejar la vivienda más bien que soportar las pocas molestias que dan los alojados... Hizo mal, pues con poner en el cuarto de cada uno cama, ropa limpia, palangana de cristal, es-

pejo, peines, cepillo y toallas; con proporcionarles caballeriza para los caballos y habitación para los asistentes; con darles de comer casi todos los días y de cenar todas las noches; con prestarles cortas cantidades, que han menester si se atrasan las pagas; con poner á su disposición un criado ó criada que les abra el zaguán por si vienen á media noche y con prestarles de cuando en cuando algunos otros servicios pequeños, todo queda arreglado... Cier-to que á veces los alojados maltratan á la servidumbre, rompen los muebles ó la vajilla y hasta se llevan prendas de ropa; pero los criados son tan torpes y suelen valer tan poco las cosas que cogen ó destruyen los franceses... En cambio, hija, ¡qué buen humor tienen! ¡cómo cantan, cómo gritan, cómo se alegran, sobre todo, después de comer y cenar!... Y hay de todo; nada menos el señor vizconde, que vive allí enfrente, es un encanto... No me trata más que de *ma concierge*, y con *concierge* por aquí, *concierge* por allá, vivimos ampliamente y yo llena de buenas propinas...

Pero la charla de la dichosa *concierge* me estaba haciendo perder un tiempo precioso y tenía que buscar algo si acaso no era fácil arreglarlo por allí.

— No coma ansias, niña, que si no es aquí, no habrá dónde se meta... Con perdón de usted, hasta el pico de una estaca se le ha de dificultar; créame á mí... Usted déjeme aquí sus baúles, vaya á arreglar sus negocios, que ya me

figuro lo atareada que ha de andar; véngase á la noche y habrá casa, se lo aseguro, habrá casa... Hoy á las doce se cumple el plazo que convinimos un hacendado del interior y yo para el arrendamiento de la vivienda alta que da á la calle; él mandó ya un carro cargado con maíz, frijol, papas, garbanzo y hasta carbón y leña; pero donde no venga á las doce, todo se malogra, y las dos onzas que dejó de arras se pierden sin remedio. Fiada en la palabra de doña Matiana, salí á la calle á averiguar algo que me importaba mucho, y era la residencia de los socios ó apoderados de Jecker, ó del mismo banquero si acaso estaba en México. En efecto, mi cuñado vivía en la ciudad, pues quería que su negocio quedara despachado entre los primeros que el Emperador conociera. Como él decía:

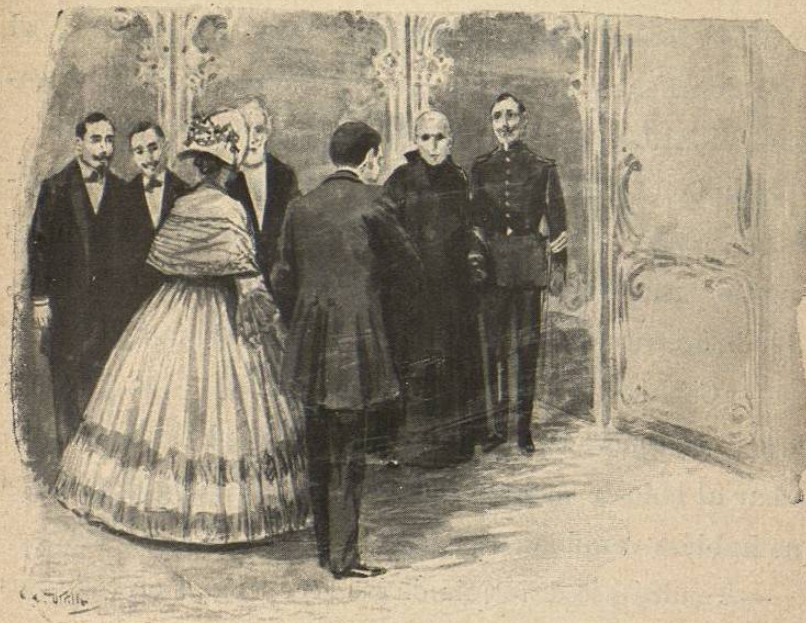
— Su Majestad está al tanto de todas las pilladas que me han hecho; conoce como nadie el origen y las circunstancias del crédito; mi expediente está como un cabello; no hay, pues, más que resolverlo. Una semana para que el Emperador reciba á las diputaciones y delegaciones de todas partes; dos días para que llegue á su mesa el mamotreto; dos días para que lo revise; dos para que dé su acuerdo al Ministro de Hacienda; uno para que me comuniquen lo resuelto y una semana para que me entreguen los monises. Como quiera, á fines de Junio tengo en mi bolsillo las letras ó el dinero que me den... Los primeros días de Julio para pagar lo que te debo, satisfacer algu-



— Hoy á las doce se cumple el plazo que convinimos...

nos picos, entregar el importe de las comisioncillas que he prometido, y el cuatro puedo tomar la diligencia de Veracruz y el diez el vapor que va á Europa... Supongo que verías al duque... ¿Te dijo algo?

— No más me aseguró de que todo estaba á punto y de



que luego que llegara Maximiliano recibiríamos esos cuartos.

— Bien, pues salgamos por aquí, que quiero presentarte con la escogida concurrencia que llena ahora mi despacho.

El despacho era la gran sala de la casona más churrigueresca que había entonces en la calle de Capuchinas, y

estaban allí un eclesiástico de anteojos oscuros, un viejo gordo con respetable barba blanca, dos insignificantes vestidos de negro y un oficial francés como de sesenta años.

— Mi cuñada, la señora viuda de Jecker, dama de la Emperatriz... El señor regidor don José Frauenfeld, el señor Doctor, Deán don Manuel Moreno y Jove... el señor don José Rafael Castro, periodista muy distinguido... el señor don Fernando de Mangino y Larrea... El señor coronel Villard...

Si hubiera dicho Jecker que yo era un ángel, un demonio, un muerto ó un santo que habían dejado los otros mundos para venir á charlar de negocios á aquella casa, no habría causado tanto asombro mi presencia allí.

— ¿Conque dama de la Emperatriz? Que sea por muchos años, señora... Ya sabíamos que usted estaba en Miramar al lado de las augustas personas; pero ignorábamos que hubiese venido con ellas.

— Tendrá usted noticia de las recepciones en todos los pueblos del tránsito.

— Nada sé, nada sé; precisamente deseaba informarme...

— Pues en todas partes, dijo el deán, entusiasmo, animación, placer, gloria y encanto... Sus Majestades mezclándose con el pueblo, el pueblo aclamando á sus soberanos, los demagogos llenos de vergüenza y la regeneración del país caminando á gran prisa.

— No hubo más que un incidente penoso: la volcadura del carruaje cerca de Córdova, observó Frauenfeld.

— Y la pierna rota del coronel Brincourt.

— Y el chaparrón que sufrieron Sus Majestades.

— Eso no importa: las inclemencias del tiempo las soportan los soberanos con la sonrisa en los labios; nada les aflige, nada les molesta, por todo hacen buena cara, exclamó Mangino.

— Son unos ángeles, dijo Castro, con fruición.

— Y aquí ¿están listos los preparativos?

— Todo arreglado, todo perfecto... S. A. el Regente nombró desde principios de Abril las comisiones que eran menester para que todo marchara como un reloj: comisiones de compostura de calles y paseos; de orquesta y músicas militares; de adorno de la catedral; de arreglo de la tribuna para los jefes, ministros y empleados del ejército francés; de tribuna de señoras; de colocación de autoridades, de fuegos artificiales, de función de teatro, de arreglo del baile, de poesías, de iluminación, de disposición de la hacienda de la Teja, de la mesa de palacio y de señoras para levantar un arco de flores...

— Oigo hablar de un número en la hacienda de la Teja y creo que se quedará sin realización... Azeárate sabe bien que las órdenes son ahora diversas y creo, por consecuencia, que mucho se pospondrá para época mejor.

— ¿Acaso hay variación de itinerario? preguntó Castro pedantescamente.

— Sus Majestades entran por Guadalupe, descansan allí y salen en seguida para México.

— ¡Dios mío, qué desgracia! Los arcos casi levantados, la dificultad de mudar de sitio los grandes armatostes, y el pueblo, que ya conoce el programa y está confiado en él...

— Con las lluvias diarias no vamos á disponer de tiempo para nada.

— Se le quita á la fiesta las tres cuartas partes de su importancia.

— Se desluce todo.

— No sé quién aconsejaría esa medida tan descabellada.

— ¡Alto ahí! gritó Moreno y Jove, interviniendo. Ni se desluce nada, porque sobra tiempo para que se hagan nuevos arreglos, ni aunque se desluciera valdría la pena de preocuparse de ello, pues á nuestros amados Reyes nada les disgusta tanto como el fausto... Y luego, qué, ¿no comprenden la causa de esa aparente desviación? El objeto es saludar á la Patrona de los mexicanos, poner á sus pies la corona imperial, darle gracias por la feliz llegada y rogarle que les siga impartiendo su ayuda... Por esa consideración ¿no valía la pena de retardar, trastornar, deslucir y perder una fiesta?

No hubo quien no se manifestara conforme con el señor deán, conviniendo en que valía la pena echar á perder cualesquiera preparativos, á condición de que Sus Majestades empezaran por rendir acatamiento al santuario insigne en que se guarda la imagen de la patrona de México.

— Pues crea usted que no lo habíamos pensado.

— Con toda franqueza; no se nos había ocurrido.

— Es una gran idea.

— Pues qué, ¿se imaginaban acaso que Fernando y Carlota eran algunos *pepenacohetes*, de esos liberalescos que por tanto tiempo han dado la ley? Ellos saben bien que el pueblo adora á la Virgen indita, saben que nada cuadra tanto á la real majestad como el amor al Dios de las alturas, y saben, por último, que nunca es el hombre más grande que cuando inclina la cabeza para acatar al soberano Autor de todas las cosas.

Así habló el señor capitular; pero Jecker, que no entendía mucho de teologías, encontró manera de sacar á los circunstantes de la suspensión y el arrobamiento en que se encontraban, refiriendo lo que atañía á la parte financiera de la fiesta.

— Figúrese usted, señor canónigo, que se han gastado diez y seis mil pesos en el adorno de un solo arco... La compostura de la catedral ha importado siete mil; cinco el arreglo de la casa en que Sus Majestades descansarán dos ó tres horas en la villa; cincuenta sacos de pesos el de-